

Tan récios aldabonazos,
 Que hizo la aldaba pedazos,
 Y de alto á bajo la hendió.
 Espantados acudimos
 Quien era á ver; conociéndole
 Y persiguido creyéndole
 Tal vez, á abrirle corrimos.
 Pálido, desencajado,
 Apenas se abrió el postigo,
 Por él dándose conmigo
 Se entró desataentado.
 Sin que ninguno pudiera
 Seguirle, y sordo á mi voz,
 El patio cruzó velóz,
 Subió á saltos la escalera
 Y dió en su cuarto; barrear
 Le oí puertas y ventanas,
 Y no hubo fuerzas humanas
 Que le hicieran contestar.
 Doctor, ¡qué noche me dió!
 A su puerta no cesé
 De llamar, rogué, mandé;
 ¡Todo en valde! ni chistó.
 Sin poder más con mi afán,
 Ciego el suyo por saber
 Y llegándome á temer
 Que cometiera un desmán
 O que á su vida atentára,
 Le amenazé con echar
 La puerta al suelo y entrar:

DOCTOR

BARON

DOCTOR

BARON

DOCTOR

BARON

DOCTOR

BARON

¡Mas nunca se lo anunciára!
 Espada en mano salió
 Y tras todos emprendiendo,
 Nos hizo salir huyendo
 Y á encastillarse volvió.
 En esto sentí llegar
 El coche con los criados
 De acompañarle encargados,
 Quienes hartos de aguardar
 (Pues les dejó en el camino
 A las siete y no habia vuelto)
 A subir se habian resuelto,
 A ver si al castillo vino
 Solo tal vez, y olvidado
 De que les mandó esperar
 A la entrada del lugar,
 Donde les habia dejado.
 Pedíles inútilmente
 Explicaciones; venian
 Porque perdido le habian
 A buscarle: concluyente
 Razon ¿qué habia que hacer?
 Mandéles irse á acostar;
 Y á mi cuarto á cavilar
 Me fuí hasta el amanecer.

Suspendió aquí su relato
 El buen baron un momento,
 Juzgando que ó desatento
 Se distraia el doctor,
 O que su faz, que mas torba
 Cada instante se tornaba,
 De su opinion le auguraba
 A cada instante peor.

El médico, que en la causa
 Del mal del hijo sabia
 Mas que el padre, en su sombría
 Profunda meditacion,
 De aquilatar se ocupaba
 En el crisol de su ciencia
 Los grados de la demencia
 Que le consulta el baron.

Y como de aquel misterio
 Él solo tiene la llave,
 Y como él tan solo sabe
 Cuán grave ser puede el mal,
 En profundo arrobamiento
 Permanece enagenado,
 Cual por el peso agoviado
 De alguna idéa fatal.

Mas el baron, que lo ignora,
 Desairado de él juzgándose,
 Su arrobamiento enojándose
 Resolvió cortar al fin;
 Y con la voz ronca y trémula
 Del amor propio ofendido
 Le dijo, el rostro encendido
 De la ira en el carmin:

“ Doctor, si no habeis de oirme,
 “ Escuso gastar saliva
 “ En valde”—y con faz esquiva
 Se puso el baron en pié;
 A cuya agresiva frase
 Y harto brusco movimiento,
 Fuerza de su arrobamiento
 Salir al doctor le fué.

Y risueño “ de apariencias
 “ No os fieis, baron, le dijo:
 “ Pues si no sana vuestro hijo
 “ Con lo que pensaba yo,
 “ Dios solo sanarle puede;
 “ Mas os lo juro en conciencia:
 “ Si no curo su dolencia,
 “ Creeré que Dios me cegó.”

A tan solemne protesta
 Su amor propio satisfecho,
 Tranquilizado en su pecho
 Su paterno corazón
 A la luz de la esperanza
 Que en su alma á lo lejos brilla,
 Ya serenado, su silla
 Volvió á ocupar el baron

El doctor, templado viéndole,
 Por ambas manos ásiéndole,
 Y cariñoso atrayéndole
 Benignamente hácia sí,
 Preguntó: "y ¿al otro día
 " En qué dió? ¿fué todavía
 " Brutal? ¿cuál es su manía?
 " Hablad y fiad en mí."

Rendido el viejo orgulloso
 Por la cortés deferencia
 Del doctor, en cuya ciencia
 Desde aquel punto fió,
 Convirtiéndose en satisfecho
 Lo enojado y lo ofendido,
 Su relato interrumpido
 De esta manera anudó.

BARON. —Escusadme: yo temia,
 Doctor, que no me escuchábais.
 DOCTOR. —Ya veis que os equivocábais:
 Conque, vamos, ¿qué manía
 Es la de nuestro demente?
 BARON. —Por lo que de ella os diré
 Juzgareis. Al día siguiente,
 Al rayar el alba, fué
 A los criados llamando,
 Quienes fueron poco á poco
 Viniendo, que estaba loco
 Ya todavía ignorando.
 Yo al sentir el movimiento
 De la familia, salí
 A mi vez de mi aposento:
 Y la escalera le ví
 Seguido de los criados
 Tomar: trás ellos eché
 Tambien, y por él guiados
 Fuimos al pátio: allí fué
 Dó me llegué de manera
 Indudable á convencer
 De que debia tener
 Perdido el juicio; porque era
 Torba y fija su mirada,
 Su acento bronco, violento
 Su andar y su movimiento:
 Estaba en fin trastornada
 Aquella fisonomía
 De espresio salvaje y dura,

Tan contraria á la dulzura
Natural que antes tenia.
Quedéme tras el cancel
Lo que iba á hacer á observar,
Y ví que mandó rodar
Un enorme capitel
De una columna truncada,
Que fué de mi padre en vida
No sé para qué traida
Y despues abandonada.

DOCTOR. —Que os interrumpa escusad.
¿Cuál es de ese capitel
La dimension?

BARON. —Calculad
Que del pilar la mitad
Aun conserva unida á él.

DOCTOR. —¿Y es buen mármol?

BARON. —Yo en verdad

Ignoro su calidad:
Del mejor de Macãel
Me han dicho que es.

DOCTOR. —Continuad.

BARON. —Los mozos obedeciendo
Pusiéronse á la faena,
Y el pilar no sin gran pena
Fueron rodando y trayéndo
Hasta un morisco salon,
Que tengo hoy abandonado
Mas que fué en tiempo pasado
La sala de recepcion.

DOCTOR. —¿Qué luz tiene?

BARON. Al medio-dia

Caen sus ventanas; se ven
Desde las vuestras.

DOCTOR. —Muy bien:

Seguid, baron; la manfa
De vuestro Cárlos me empieza
A agradar, y me parece
Que si Dios me favorece
Recobrará la cabeza.

BARON. —¿Si tal hiciérais, doctor!

DOCTOR. —Con el afan mas prolijo
Le cuidaré; por mi hijo
No le tuviera mayor,
Creedme; pero seguid.
Deciais que el capitel,
Metió en el salon ¿con él
Qué hizo D. Cárlos?

BARON. —Oid:

Su cama, armas y equipage
Traer mandó á aquel salon,
Y sobre todo un cajon,
El cual durante su viaje
No quiso apartar de sí,
Segun despues he sabido;
Aunque jamás he podido
Dar con lo que trae allí.

DOCTOR. —Ya daré yo; continuad.

BARON. —Mientras consigo no tuvo
Todo su ajuar, se mantuvo

Con torba tranquilidad
 Junto á la puerta de pié:
 Y en buen momento juzgándole
 Fuí poco á poco abordándole;
 Cuando frente de él llegué,
 De hito en hito me miró
 Sin moverse del umbral,
 Ni dar la menor señal
 De reconocirme: yo
 Al cuello le eché los brazos,
 Y con paternal cariño
 Como cuando aun era niño
 Le acaricié: mas los lazos
 Con los que Dios nos unió
 Desconociendo, la faz
 Tornando: " ¡Dejadme en paz!"
 Me dijo, y me rechazó;
 Y á los criados venir
 Con su equipaje mirando,
 El pátio cruzó saltando
 Y les salió á recibir.
 Presenció tranquilo y grave
 La colocacion de todo;
 Y cuando lo halló á su modo,
 Pidió del salon la llave,
 Hizo que el pilar derecho
 Sobre una sólida base
 La gente le colocase
 Bien á plomo: lo cual hecho,
 Atenta y prolijamente

De su equilibrio y firmeza
 Se aseguró, y de la pieza
 Mandó salir á la gente.
 Entonces del capitel
 Poniendo al lado el cajon,
 Encerróse en el salon
 Y no ha vuelto á salir de el.

DOCTOR.

—¿Y nunca entrásteis?

BARON.

—Fué vano

Intento: siempre está alerta
 Y en tocándole á la puerta
 Se presenta espada en mano.

DOCTOR.

—¿Mas no hallásteis un resquicio
 Por donde ver lo que hace?

BARON.

—No: mas creo que deshace
 Cuanto hay: pues cual si su oficio
 Fuera el de picapedrero,
 Sospecho que á martillazos
 Hace el capitel pedazos,
 Por el ruido á lo que infero.

A caer en su arrobamiento
 Volvió el doctor; mas no era
 Cual antes torba y severa
 Su medítabunda faz;
 La luz de un buen pensamiento
 Sus ojos iluminaba,
 Y á sus lábios asomaba
 Una sonrisa fugaz.

Contemplándole en silencio
El baron, que á ver alcanza
Un rayo azul de esperanza
En su faz resplandecer,
Por no turbar imprudente
Su segundo arrobamiento,
Contenia hasta el aliento
Sin atreverse á mover.

Al fin el doctor alzándose,
Con el baron encarándose
Dijo, las manos frotándose
Cual satisfecho de sí:
Baron, Dios es sobre todo
Sábio mortal que de lodo
Nace, mas yo haré á mi modo
Lo que sé y fiad en mí.

Decid ¿qué alimentos toma
Don Carlos? ¿tiene apetito?

BARON. —No hay cosa de que no coma,
Yo mismo le pongo y quito
Ante su puerta los platos.
Y vacios del revés
Me los vuelve todos.

DOCTOR. —¿Y es
Goloso?

BARON. —Mas que los gatos.

DOCTOR. ¿Y es al dulce muy afecto?

BARON. Sorberá un vaso de acíbar
Porque otro le den de almíbar:
Es de familia defecto.

DOCTOR. —Pues bien, en una conserva
Cualquiera, le habeis de dar
Lo que os voy á preparar.

BARON. —¿Es jugo de alguna yerba?

DOCTOR. —¿Qué importa lo que sea? Es
Un remedio que yo tengo;
Mas mirad que os lo prevengo,
Andad con él cauto, pues
Si bien la demencia cura
Su misteriosa virtud,
Tomado en sana salud
Predispone á la locura.

BARON. —¡Diablo!

DOCTOR. —De él seis gotas dad
Por la noche á vuestro hijo.

BARON. —¿Seis justas?

DOCTOR. —Número fijo:
Ni más ni menos.

BARON. —Fiad

En mí.

DOCTOR. —Pues esa pocion
Con su precisa instruccion
Os llevaré al caer el dia,
Baron; y ó pierdo la mia
O le vuelvo á la razon.

Iba en acciones de gracias
 A deshacerse el anciano
 Baron, cuando por la mano
 El médico le tomó;
 Cortés, mas resueltamente,
 Hasta la puerta llevóle,
 Sus promesas reiteróle
 Despidiéndole, y cerró.

Quedó el baron á la puerta
 Entre enojado y corrido
 Viéndose así despedido,
 Hasta que al fin exclamó
 Riéndose:—" tiene este hombre
 A la verdad muy mal modo;
 Mas tiene despues de todo
 Excelente alma." Y partió.

III.

Tiene el doctor en su casa
 Detrás de su gabinete
 Un misterioso retrete,
 Cuya puerta con primor
 Labrada da oculto paso
 A este escondido aposento,
 Donde vamos un momento
 A introducir al lector.

En esta secreta estancia
 De sus secretos tesoro,
 Brilla un Crucifijo de oro
 Elevado en un altar;
 Ante el cual arde una lámpara,
 Cuyo aceite embalsamado
 Tiene el aire perfumado
 Con alöe y azahar.

El camarín, que reviste
 Cáoba ensamblada y tersa,
 Tapiza una alfombra persa
 Del tejido de Lahor:
 Y el friso de sus paredes
 Es una cajonería,
 Hecha de marquetería
 De primorosa labor.

En medio y sobre una mesa,
 Como la mejor alhaja
 Después del Cristo, una caja
 De cedro oloroso esta,
 En cuyas manillas de oro
 Con rayos tibios destella
 La lámpara, que sobre ella
 Resplandor perenne da.

Porque esta luz es perpétua;
 El doctor es el que cuida
 De su llama azul la vida
 Sin cesar de mantener;
 Y símbolo misterioso
 De la firmeza y la calma
 De la honda fé de su alma,
 No cesa jamás de arder.

A su luz todas las noches
 Ante Jesús se prosterna,
 Y á él que es la luz eterna
 Para su alma pide luz;
 Y, á solas, en el alivio
 De sus enfermos medita,
 En la presencia bendita
 Del que hizo santa la cruz.

Hombre de fé y de creencias,
 Con fé y caridad cristiana
 Votó su existencia humana
 Al bien de la humanidad:
 Y hondamente convencido
 De que Dios solo es la ciencia,
 Busca en Dios su inteligencia
 De las ciencias la verdad.

No como los falsos sábios
 Impío y materialista,
 Cree que nada hay que resista
 Al troquel de su razón:
 No: que al estudiar del hombre
 La estructura y la belleza,
 Del Criador la grandeza
 Admira en su creación.

Él ve que el hombre creado
 Para la paz y el cariño,
 Trae instintos desde niño
 De ódio y de destruccion:
 Pero ve que las pasiones
 De que el corazon trae lleno,
 Torna en virtudes el freno
 De la dulce religion.

He aquí por qué de la ciencia
 Que mas útil creyó al mundo
 Hizo un estudio profundo,
 De los hombres en favor;
 Y por do quiera que ha ido,
 Siempre en el dolor humano
 Vertió con pródiga mano
 Bálsamo consolador.

Mas vió que la Europa, presa
 Del espíritu sofístico,
 Con su furor silogístico
 Y su afan de argumentar,
 En vez de llevar las ciencias
 A fin y verdades útiles,
 En mil controversias fútiles
 Las perdía sin cesar.

Vió que sus sábios, en ellas
 Con eeguedad empeñados,
 Vagaban desatinados
 Por laberintos de error,
 Y que entre tantos partidos
 Y entre tantas opiniones,
 La ciencia tras mil cuestiones
 Jamás quedaba mejor.

Cuando él audaz en su cátedra
 Sus errores manifiestos
 Les demostraba, con testos
 Le salian á atajar:
 Y en vez de echarle por tierra
 Sus firmes proposiciones,
 Solo autores y opiniones
 Le sabian alegar.

Mas él no porque un sofístico
 En la controversia venza,
 Cree que es bien que se convenza
 Sin comprender la razon:
 Ni aunque mil maestros digan
 "Esto es verdad" sin probarlo,
 Lo ha de creer sin sujetarlo
 A madura reflexion.